El general Tázara

Marlowe

Image not found.

Capítulo 1

El general Tázara, otrora atrevido agente de la policía cuyas mayores hazañas se remontan veinte años atrás, cuando capturó al más temido y escurridizo criminal "El Gato de Sinagoga" en una de las más espectaculares persecuciones policiales que la cadena de televisión transmitió nunca, dormía plácidamente en su modesta casa en La Molina.

A sus 51 años aún mantenía la constitución atlética que forjó durante su internamiento en el Ejército, y era de saber implícito por la estricta dieta que se había impuesto que la vida le reservaba muchos años más. No obstante, un ruido tedioso, que vibró en las cuatro paredes de su habitación, interrumpió el preciado sueño que forzosamente había conseguido a base de somníferos e ininterrumpido silencio, y alargó la mano con gesto quejumbroso hacia la mesita de noche donde estaba el teléfono que sonaba sin parar.

Las incontables noches que había pasado como agente de la policía le había conferido la idea que cualquier llamada a mitad de la noche podía conllevar una relevancia insoslayable.

-¿Sí? ¿Diga?-dijo, utilizando el mismo tono enérgico y solícito que en sus años como mozo había utilizado para quienes requería su presencia.

-¿General Tázara?-le respondió una voz femenina, que sin embargo lucía desesperada e impotente- Soy Milagros Leiva, conductora del noticiero nocturno "La Noche es Procaz..." Lamento interrumpirlo a estas horas, general, pero... ¡ME HAN DETENIDO INJUSTAMENTE UN PAR DE POLICÍAS INEPTOS!

El grito de la mujer hizo que el general Tázara se sacara el auricular de la oreja cruzándole un gesto de dolor en la cara. Odiaba que le gritaran al oído. Por un momento le tentó la idea de colgar la llamada, pero luego cambió de parecer al recordar que la periodista Leiva haría un cargamontón contra él la mañana siguiente en su noticiero que, por cierto, no veía ni por asomo.

Llevó nuevamente el auricular a su oreja.

-¿Qué decía?

-¡Me han detenido, general!-dijo la mujer- Requiero su ayuda urgentemente. No pueden arrestarme. A mí, a Milagros Leiva. ¿Puede creerlo?

-Por favor, explíqueme cómo fueron los hechos desde el principio. Y no se

desespere.

-Yo había salido de mi canal-dijo entonces, bajando el tono de voz a regañadientes-. Iba conduciendo mi automóvil cuando un policía motorizado me detuvo. Me pidió mis papeles de conducir, le dije que era Milagros Leiva, me volvió a pedir mis papeles de conducir y se los di. En ese momento pensé que se trataba de un simple procedimiento policial y acaté las órdenes sin protestar. ¡Pero el hijo de...

-Por favor, cálmese-le dijo el general Tázara con severidad, que a su pesar pensó que ya no dormiría esa noche.

-Bueno...-dijo la periodista, aceptando la reprimenda- El policía me obligó a salir del carro. Le pregunté por qué, pero no dijo nada. Me hizo la prueba de alcoholemia sin avisarme antes y salí positivo. ¿Sabe? Había tomado un par de vasos de cerveza con mis colegas y nada más. Solo un par de vasos. Y salí positivo.

El general Tázara escuchó suficiente. Dejó el auricular sobre la mesita de noche, sin colgar la llamada, y se recostó en su cama sintiendo un cansancio que no había sentido nunca. Aún escuchaba los quejidos de la mujer periodista en el auricular, que se intensificaron al no recibir respuesta, pero el volumen era demasiado bajo como para que resultara una molestia que necesitara ser atendida. Más parecía el sonido molesto que hace un grillo al momento de agitar las alas. Y en contra de lo que había pensado, se durmió rápidamente.

Image not found.